

Las sinrazones del aborto XI

La democracia se asienta en la colaboración y el juego limpio

Alfonso López Quintás

El año pasado aumentó en un 29% el número de las mujeres extranjeras que vinieron a España a abortar. Fueron unas 3.383 (Instituto de Política Familiar)

La búsqueda de soluciones a los problemas humanos debe hacerse, lógicamente, dentro de los límites del hombre. Buscar solución a los problemas planteados por embarazos no deseados mediante la *eliminación de la vida* es una desmesura, o dicho en términos griegos, una «barbarie». Está fuera de nuestros límites, y hacerlo es una medida inspirada por la *altanería* (en griego, «hybris», actitud cuya peligrosidad ha sido delatada por eminentes pensadores en las últimas décadas).

Los hombres adivinaron de antiguo la gravedad de cuanto significa traspasar los límites puestos a su modo de ser. Ya en el lenguaje de las leyendas se plasma esta conciencia de los riesgos que implica tal desmesura. Piénsese, por ejemplo, en la leyenda del «Holandés errante», que inmortalizó Richard Wagner en su ópera homónima. Es cierto que la humanidad ha progresado a golpes de audacia, traspasando fronteras que durante tiempo fueron consideradas como límites infranqueables. Ahora bien, la humanidad ha llegado a un consenso prácticamente unánime acerca de la *condición inviolable* de la vida humana, y esta convicción está conduciendo a la supresión gradual de la pena de muerte, incluso en los casos más graves de delincuencia. Ni siquiera al que atenta contra la vida de los demás se le priva de la suya. Y la razón no es otra, en el fondo, sino ésta: *El hombre, incluso el representante de la sociedad que debe velar por el bien común, no se siente autorizado a disponer de la vida de otro hombre, por mucho que éste se haya mostrado indigno de vivir en sociedad*. Consiguientemente, se lo segrega de la vida social, pero se respeta su vida, esperando una recuperación que a menudo no se da.

Una humanidad que ha llegado a este consenso tiene que considerar como un límite infranqueable la vida ajena, comenzando por la del no nacido. No puede esto compararse a meterse mar adentro y surcar los mares -como en el caso de «El holandés errante»-, a diseccionar cadáveres, a vencer el ámbito de gravedad de la tierra. Estas formas de superar límites se hicieron arriesgadamente en aras del progreso de la humanidad. En virtud de este mismo progreso, la humanidad llegó a hacerse una conciencia clara del carácter sagrado de la vida, y se *autoimpuso el límite de respetarla incondicionalmente a medida que creció en sabiduría*. Obviamente, sobrepasar este límite no es, por ello, una medida *progresiva*, sino gravemente *regresiva*.

Al advertir que no se toman en consideración algunas alternativas que resuelven el problema planteado por ciertos embarazos y no plantean problemas nuevos, uno se ve instado a sospechar que se toma la práctica del aborto como algo independiente del problema de las mujeres gestantes. Se sirve, con ella, a otros fines, y las razones que se alegan son pura táctica al servicio de una estrategia, es decir, un plan de conjunto.

En un espacio radiofónico de gran audiencia se dio cuenta del problema planteado por la solicitud de aborto realizada por una joven madre de familia en un centro de la seguridad social y se leyó una nota de un representante de la asociación “Adevida”, que ofrecía una alternativa airosa a esa solución extrema. El locutor no tomó en cuenta este ofrecimiento, y por toda respuesta dio la palabra a un médico proabortista. Éste cantó las excelencias del aborto en

virtud de la obligación que tienen los profesionales de la medicina de responder a la creciente demanda *social* (i) de tal práctica. En su larga exposición no hizo la menor alusión a las vidas humanas que perecen a causa de tales demandas. Dio por supuesto que toda solicitud de este género ha de ser satisfecha de modo automático por quienes tienen como profesión la defensa de la vida. Ya sabemos que dar por supuesto –sin ofrecer razón alguna– lo que a uno interesa es uno de los recursos típicos de los manipuladores.

Estamos ante un caso palmario de planteamiento *unilateral* de un problema *complejo*. En el caso del aborto hay dos valores que se disputan la primacía: por una parte, la *libertad de maniobra* de una mujer que no desea tener un hijo y quiere liberarse de él; por otra, el derecho de la vida naciente a desarrollarse de forma cabal. Atender sólo a uno de estos valores y otorgarle la primacía de modo implacable, afirmando ante millones de radioescuchas que actualmente todos los países civilizados han hecho ya su opción en este sentido y la humanidad no tiene otra salida más que ésta, es un ataque frontal a la realidad. Conforme a la norma manipuladora de no matizar los conceptos, se oculta que se trata de una mera “libertad de maniobra” –libertad, en este caso, de disponer de la vida ajena arbitrariamente, conforme a los propios intereses–, y se deja entender que está en juego nada menos que la “libertad humana auténtica”, que es la “libertad creativa”. Como el término “libertad” es actualmente un término “talismán” –una aparente panacea intocable–, se hace ver a las gentes poco versadas en estas cuestiones complejas que, si se merma esa libertad, se causa un grave quebranto a la vida humana. De hecho se está influyendo en la opinión pública con estas razones especiosas, falsas de raíz, pero a la realidad no se la engaña con sofismas y medias verdades, proclamadas con insistencia en los medios de comunicación. Cuando se ataca a la realidad, ésta se venga dejando a las sociedades en desamparo.

Una persona muy cualificada socialmente publicó un escrito bien matizado contra la ley abortista. Todo el que se manifiesta en público se expone a recibir severos correctivos críticos, pero tiene derecho a que se le preste la debida atención antes de ser censurado. En una emisión radiofónica se dio cuenta de la aparición de tal escrito, y a continuación se hizo constar que no se lo sometía a análisis porque —se dijo literalmente— «ya conocemos al personaje». Este procedimiento se denomina «recurso estratégico de la mofa» en los estudios sobre estrategia del lenguaje y manipulación del hombre. Utilizarlo significa no hacer juego limpio. Si no se considera a un autor digno de ser sometido a estudio, lo adecuado es correr un tupido velo sobre sus escritos. El que considere que tal escrito es «noticia», debe prestarle la debida atención, y a las razones que aduce enfrentarle otras, y dejar que sea la confrontación puramente intelectual la que decida acerca de la oportunidad del escrito, su calidad y su ajuste a lo real.

Este tipo de *discusiones* que no degeneran en *disputas* ni se reducen a simples *descalificaciones sumarias* enriquecen nuestra vida social y constituyen uno de los ejes de la vida democrática. En ésta nadie debe considerarse dotado de un carisma salvador, de una sabiduría absoluta, excluyente y prepotente. Todos necesitamos la luz que puedan aportar los demás en su deseo de contribuir a la clarificación de los grandes temas que plantea la vida diaria. Dejar fuera de juego a una persona o a un grupo por el simple hecho de que defienden posiciones distintas a las nuestras, sin someterlas a un mínimo examen riguroso, es una característica propia de los tiranos, de los que hablan para imponer su opinión particular, no para buscar en común la verdad. Esta actitud —actualmente tan extendida que parece constituir algo inevitable, casi connatural a la confrontación partidista— anula de raíz la esencia de la vida democrática. Ésta se configura de modo auténtico cuando se busca la verdad conjuntamente y se fundan campos de juego comunes.

La oclusión en las propias posiciones reduce los sistemas de pensamiento a *meras ideologías*, sistemas de pensamiento esclerosados, rígidos, incapaces de modularse y desarrollarse. Cuando los hombres bien dotados observan que en la confrontación política las posiciones están ya tomadas, y las fronteras no admiten corrimiento alguno, temen con razón que para buen número de los protagonistas de la vida pública lo decisivo no es tanto cultivar la

inteligencia cuanto las artes de persuadir a cualquier precio para conquistar al pueblo y adquirir poder. Cuando esto sucede, la política vive para sí misma, de espaldas al pueblo a quien dice servir.

Si estimamos el régimen democrático de convivencia, ello responde sin duda -como se dice profusamente- al hecho de que es *un régimen de libertades*. Pues bien, la libertad sólo se conserva si todos hacen juego limpio, singularmente los que ostentan un grado elevado de poder. Entre éstos se hallan los que un día y otro tienen el privilegio -compartido por muy pocos- de dirigirse a millones de personas a través de los medios de comunicación. Hacer juego limpio significa utilizar el lenguaje para unirse en la búsqueda de la verdad, no para imponer astutamente las propias convicciones y dominar a las gentes con los recursos de la manipulación. El manipulador desvirtúa el lenguaje y el pensamiento. Tiene mal estilo.

Este estilo quedó penosamente de manifiesto en el empeño de cierta televisión estatal por ofrecer como opinión generalizada la idea minoritaria de que es necesario ampliar la ley abortista. Una vez más se siguió aquí la vieja táctica de dar por supuesto (el manipulador nunca demuestra nada; da por hecho lo que favorece sus planes) que la ley en vigor resulta insuficiente y ha de ser suplida por otra más generosa. Se plantea el asunto como una cuestión de *liberalidad y progresismo*: dos vocablos bien tipificados en los manuales de manipulación de las gentes a través del lenguaje.

Este empeño nos lleva a recordar una máxima fundamental en la teoría de la comunicación: lo propio del periodista, su tarea básica y su timbre de gloria es *informar*. También el crear opinión entra en su cometido, pero en un segundo momento. Modelar la opinión pública sin informar previamente es una manipulación que corroe en su raíz la vida democrática.

La información televisiva ha de contar con la imagen. Sobre el aborto existen hoy vídeos muy autorizados que dan información cabal acerca de lo que significa de verdad la llamada estratégicamente «interrupción voluntaria del embarazo». El máximo promotor del aborto en Estados Unidos -el Dr. Bernhard Nathanson- confesó que su aversión a esta práctica comenzó al ver, por primera vez, en una película científica la reacción del feto ante el ataque que se le infiere desde el exterior. Aquí sí es verdad que una imagen vale más que cien palabras, aunque éstas tengan todo el poder que les confiere el arte de la manipulación. En cierta universidad pública -que permite la exhibición de cualquier tipo de documentales- se vetó “El grito silencioso”, el sencillo film que dejó atónito al mayor abortista de Estados Unidos y lo convirtió en el más decidido defensor de la vida.

Anímense los defensores de la libertad y los profesionales de la información a aportar luz y taquígrafos al debate sobre el aborto. Faciliten al pueblo las aportaciones visuales de los científicos; no entrevistas amañadas con quienes sólo ven los presuntos «derechos» de una de las partes implicadas. Ha llegado la hora de solicitar debates públicos altamente cualificados sobre este tema.